

AMOR, SOLEDAD, NEUROSIS

RODRIGO GUTIERREZ CORCOLES es un joven siquiátra español, dotado de notable talento y de una cultura filosófica que favorece extraordinariamente el cumplimiento de su profesión. Dichas cualidades se advierten en este trabajo —en realidad se trata de unos apuntes— que escribió con prisa, urgido por mi solicitud al preparar este número.

El interés de estas notas procede más de lo que sugieren que de lo que dicen. R. G.

Saber amar supone haber conquistado una madurez de sí mismo que permita romper — bien que momentáneamente— la “soledad radical” que cada hombre es (ORTEGA) y vivir “para”: para—otro o para—mí (porque también yo soy amado por mí mismo, en una forma de amor “reflejo” en que soy, a un tiempo, amante y amado). Solo quien ha sabido resolver sus conflictos internos — quien ha madurado — ha quedado libre (liberado) para vivir “dativamente”, esto es, en actitud de “ser—para”.

El amor es la vivencia anhelante y nunca enteramente satisfecha de ser para—otro o de ser—en—el—otro. La diada amorosa es un “nosotros coefusivo” (LAIN), un “tu—y—yo” (BUBER) donde, sin fundirme con el otro, teniendo, no obstante, hacia él, en insatisfecho anhelo de fusión, para formar una unidad nosística (por emplear un término de KUNKEL) de “dos que sufren por ser dos”.

Pero el encuentro amoroso (forma suprema del ser—para) es infrecuente, incompleto y fugaz. Esta incompletud es “la gran melancolía de la existencia” (BUBER). El otro es,

inevitablemente, “otro” y por ello nunca enteramente alcanzado y comprendido; alguien que, de algún modo, siempre se me escapa.

Superar la soledad óntica, esto es, la “separatidad” (estado de “separado” por ser irremediabilmente distinto a los demás) es la consecuencia gratuita — y nunca enteramente consumada— del verdadero amor. El ansia de superar a toda costa esa soledad y esa “separatidad” es el móvil neurótico que hace confundir el verdadero amor con la angustiosa necesidad de ser—con—otro: un pseudo—amor es su consecuencia.

Necesitado de amor, pero incapaz de ofrecerlo; inseguro de sí, bajo un penoso sentimiento de inferioridad que no es capaz de reconocer, el neurótico sufre una separatidad sobreañadida: la neurosis lo hunde en una distancia que parece insalvable. De ahí que clame por un amor absoluto, sin reciprocidad; un amor que le diga “eres extraordinario”, de ahí su hipersensibilidad ante la indiferencia de los otros y su terror al rechazo que agigantaría su distancia de los demás.

Incapaz de ser—para—otro, darse

es para él "perderse". Incapacitado para amar, tampoco creará en el amor del otro. La neurosis, dice CARUSO, es siempre un choque con el amor, porque el neurótico siempre pone su propio punto de vista y no el del prójimo, en el centro del proyecto vital. Si darse es perderse, humillarse, someterse. . . "¿por qué el otro se me dá?" He ahí el desconfiado interrogante neurótico. . . y sin embargo, a un tiempo, su necesidad de ser amado a toda costa. Gran parte del comportamiento neurótico vendrá condicionado por esta ansia de amor. El ser "amado" será sobrevalorado, en un desesperado intento de amarlo con verdadero amor. El neurótico "no puede vivir sin él". . . y, sin embargo, no es feliz a su lado. ¿Cómo es posible tanta contradicción? El neurótico confunde su necesidad del otro con el amor. El amor inmaduro —nos dirá FROMM— viene expresado por esta frase: "Te "amo" porque te necesito"; el verdadero amor por esta otra: "Te necesito porque te amo". Por eso VICTOR E. FRANKL nos aconseja preguntarnos a nosotros mismos si lo que nos mantiene junto al otro es amor o es miedo a quedarnos solos.

Para salvar este "amor", el neurótico puede someterse, en una dependencia excesiva, al ser "amado". Trata así de demostrarse su amor. Pero un hondo rencor subterráneo matiza esta relación (el neurótico no soporta esta "pérdida de sí" en el otro). Surge el miedo a perder al "amado" y este temor le insta a reprimir ese rencor, con lo que el autoengaño continúa. Este círculo vicioso es lo que prolonga la relación pseudo-amorosa.

KAREN HORNEY nos habla de otras artimañas empleadas por el neurótico en su búsqueda de amor: el so-borno afectivo (un pseudo-amar para ser amado); despertar piedad, hasta con intentos de suicidio (su lema sería: "debes amarme porque sufro"); recurrir a la "justicia" ("he hecho por tí tal cosa, por tanto debes amarme"), etc.

Solo quien posee una superabundancia de sí mismo puede darse. Quien anda aún ocupado en resolver sus "dolores de crecimiento", porque no ha terminado su infancia o su adolescencia, o quien anda enredado en la liquidación de sus conflictos internos, carece de qué dar. Si no has logrado superar la dependencia de tus padres, de tus superiores, de tu amigo; si no has resuelto tu afán de dominar a los demás; si no tienes fe en tí mismo y no sabes amarte. . . tendrás miedo de darte, porque tu entrega la vivirás como una pérdida y anulación en el otro.

En un libro que preparo sobre el tema señalo que el co-estar (estar-junto-a) me deja libre conmigo mismo en mi soledad, mientras que el co-ser me obliga al encuentro y, en su grado supremo, a darme (1). Darme no es perderme, pero es ser afectado. En el verdadero encuentro amoroso la transfiguración de los amantes es positiva, el encuentro siempre creador. El neurótico teme que este cambio tenga siempre el signo de lo destructivo; de ahí su miedo al co-ser y su anhelo de co-ser; de ahí su refugio en el co-estar y su ansia de escapar de la soledad del co-estar. El neurótico es una conciencia desgarrada por el demonio de la contradicción.

(1) La riqueza del castellano me permite elegir las expresiones "co-estar" y "co-ser" como indicativas de dos modos de existencia: la primera, presidida por la separatividad; la segunda, por la intimidad (el "encuentro" existencial). Pero en el "co-ser" (y en esto coincido con SARTRE) sigo siendo, ónticamente, "soledad radical" y el "co-ser" mismo no es sino el frustrado intento de superar esta soledad que soy.

HIERONIMUS BOSCH

Jardín de las delicias (detalle)

